

Textos

El pensamiento de los otros

virus en la pantalla total, (Primera conferencia del curso "Agamben y Baudrillard").

Madrid, 14 de noviembre de 2005.

La teoría no se basa en hechos consumados, sino en los acontecimientos venideros. Su valor no está en los acontecimientos que aclara, sino en la onda de choque de los que prefigura. No actúa sobre la conciencia, sino directamente sobre el curso de las cosas, del que saca su energía. Así que conviene diferenciarla perfectamente del ejercicio académico de la filosofía y de todo lo que se escribe en función de la historia de las ideas". *Cool memories*.

1. Nacido en el seno de una familia modesta, Jean Baudrillard (Reims, 1929) es licenciado en filología germánica y ejerce durante años como profesor de enseñanza media. Más tarde, de la mano de Henri Lefebvre, inicia su actividad docente en la Universidad París X, de Nanterre, desde donde tiene un papel activo en la revuelta política de mayo del 68. Con una primera impronta estructuralista, aplica los conceptos de la lingüística saussuriana a la teoría de Marx (*El sistema de los objetos*, 1968), para pasar después a un análisis renovadamente materialista de la producción (*El espejo de la producción*, 1973). Más tarde aborda el estudio del sistema de signos en el fin de la producción (*El intercambio simbólico y la muerte*, 1975). Finalmente, en un torrente de libros muy distintos cuyo inicio podríamos situar en *Olvidar a Foucault* (1977), realiza una suerte de antropología que tiene por referencia el orden mudo de lo insignificante, la singularidad que se resiste al concepto y a la cultura. Aquí se arraiga lo *simbólico* y sacrificial, que escapa a la circulación mundial de los signos. Con ella Occidente se encierra cada vez más en el circuito cerrado de la comunicación, a espaldas de una enigmática objetualidad que queda siempre fuera. A pesar de esto solemos entender a Baudrillard, quizá apresuradamente, como el prototipo del pensador "postmoderno".

2. Podríamos decir que desde *Las estrategias fatales* (1983) Baudrillard despliega un sistema abierto que desparrama una única idea en los posibles territorios del presente. Igual que haría Deleuze, según Zizek: mantener una sola idea que, por ser obsesiva, se despliega en muy diversos campos. Lo uno es en cada caso único, incluye un principio de variación. Como si nuestro pensador quisiera responder al "uno de la indiferencia", que es el envés nihilista de la multiplicidad del consumo, con el uno de la diferencia, el uno *discontinuo* que late en cada presencia singular[1]. Heredero postmoderno de Bataille, Baudrillard realiza una crítica del orden occidental como un proceso de circulación y simulacro donde lo importante es mantener el código higiénico de la separación (A, 50), apartarnos de cualquier relación directa con la finitud, con el misterioso simbolismo de los objetos exteriores. El consumo es de hecho un formidable sistema preventivo. Tras su espectacular multiplicidad se esconde la profiláctica aversión al sentido real de las cosas mortales. Intolerancia precisamente contraria a aquello que hace a las otras culturas, tecnológica y políticamente incorrectas, superiores a la nuestra.

3. Se quiera o no, hay una constante simpatía ontológica y moral de Baudrillard por la cultura antropológica de las sociedades atrasadas, ajenas a la blanca democracia ilustrada. Una pasión por la exterioridad, no muy lejana de Deleuze. Como él, apuesta por lo que de *subdesarrollado* hay en nosotros, de tecnológicamente incorrecto y "desprogramado" (PT, 188). En este sentido, las ironías de Baudrillard sobre la Filosofía oficial, sobre la Literatura y su régimen mundial de *best-sellers*, sobre la Cultura, se basan en que se presentan llenas de sí mismas, inmersas en la "redundancia abominable" (CM, 82) del texto y la intertextualidad. En otras palabras, las formas culturales de la actualidad se presentan sin conexión con el vacío que es eje de la creación, de la vitalidad. Ciertamente, Baudrillard está muy lejos de lo que se ha llamado "histeria antivitalista"^[2]. Todos los análisis, sea el del 11 de septiembre o el del reciente incendio de las barriadas francesas, se inician prescindiendo al máximo de los ríos de tinta de nuestra realidad subtitulada. "Analizo en vivo y llevo este análisis a una situación límite. En este sentido, me considero un situacionista"^[3].

4. Cercano a Barthes, por otro lado, Baudrillard cultiva a su manera, bajo unos ademanes de *dandy* seductor e indiferente, la ciencia imposible del ser único: la "afirmación no positiva" (Foucault) de la parte maldita, de la singularidad sin concepto. Se da en él la apuesta por la aparición estólica de un objeto que anula por un momento el aura insoportable del sujeto, ese narcisismo blindado que sostiene nuestra cultura mundial. Se trata de una presencia simbólica, un parpadeo sin traducción posible en el sistema de aplazamiento y tránsito que llamamos cultura. Tal objeto sólo tendría acogida en la operación poética de la forma, un acontecimiento que ocurre (por primera, por última vez) a pesar incluso del sistema del Arte, de su metalenguaje global. Deleuze ha expresado así la tarea de la obra de arte: convertir el accidente en monumento duradero^[4]. Frente a esta experiencia, que carece de reflejo en el orden circulatorio del discurso-mercancía, la institución Arte es una "comedia". Con su habitual carácter polémico (la entrevistadora insinúa en este caso connivencias del pensador con la extrema derecha), Baudrillard llega a decir en una entrevista que jamás se cita: "Todo lo malo que le pase a la cultura me parece bien" (CA, 56).

5. Hablando así, es claro que Baudrillard se refiere a la industria cultural que ha complementado el aparato técnico-militar para cerrar la aversión de nuestra sociedad opulenta a cualquier irrupción del afuera. La mediación infinita, la intolerancia a la seducción del evento, ha supuesto que el suceso más mínimo de lugar a ríos de imagen (EF, 61). La imagen técnica, en este sentido, intenta horadar el acontecimiento, taladrarlo, segarle la hierba bajo los pies. La imagen de los media y el arte son parte de nuestra guerra preventiva contra lo real, contra el enigma de su discontinuidad (POI, 24-26). La alta definición de la omnipresente imagen, su "perfección inútil" (IDE, 16), produce una pantalla continua sin imaginación posible. Al no conservar una relación con el vacío, con lo inimaginable que es centro de lo real, torna imposible el acontecimiento mismo de la percepción. De alguna manera, se ha producido una estetización monstruosa en la que el arte desaparece al realizarse socialmente. Es como si las cosas se

hubieran "tragado su propio espejo", perdiendo de este modo cualquier posibilidad de ilusión, de profundidad. La hipervisibilidad ha devorado la mirada.

6. Recapitulemos, pues. Hay al menos tres razones para el desprecio "filosófico" de Baudrillard... y la consiguiente perplejidad ante el intento de sentarlo en la misma mesa de Agamben o cualquier otro pensador serio. Un desprecio "culto" que sería el envés de su "triunfo" mediático. Por un lado, para la erudición filosófica, Baudrillard aparece sepultado en el éxito de una jerga fácil, una retórica muy francesa. En efecto, desde la filosofía universitaria no es fácil tomar en serio su aparente "impresionismo sociológico". Por otro, con sus ironías sobre nuestros valores ilustrados y democráticos, con su empatía declarada hacia las sociedades exteriores (emparentado con Pasolini en este punto), Baudrillard es políticamente deleznable. En este terreno ha marcado un punto de inflexión su famoso artículo "El espíritu del terrorismo", publicado en *Power Inferno*. Sin contar el escándalo que dicho artículo suscitó en Francia, en *Palabras cruzadas*, Pardo y Savater toman distancias con su análisis "inmoral" del 11 de septiembre[5]. Después, en tercer lugar, está la incomodidad de la filosofía, también la de corte heideggeriano-derridiano, ante el intento de Baudrillard de mantener el referente de *lo singular* no representable, lo simbólico-sacrificial inaccesible a la copia. Empeñada en huir de cualquier relación directa con la singularidad real, el rencor de la filosofía con Baudrillard es equivalente en este punto al que mantiene con el Lacan que sostiene la referencia de *lo imposible*, precisamente en la "caída" de cualquier referente representacional[6]. Por el contrario, Baudrillard mantiene esa referencia al orden, impolítico y político a la vez, de la vitalidad. Precisamente *Olvídal a Foucault* tiene ahí un suelo. Su complicidad con el estatuto irónico de la singularidad cualsea, hace a Baudrillard menos histórico, menos occidental y "heideggeriano" que Foucault. Aunque es preciso recordar que el respeto a un autor no tiene nada que ver con repetir sus esquemas. El mismo Foucault fue acusado de "traidor" por sus ataques a la escolástica marxista.

7. En *Imperio*, rápidamente, Negri vincula a Baudrillard con las últimas derivas "surrealistas" del posmodernismo francés[7]. Félix Duque, más prudentemente, sólo le acusa de moralista y nostálgico[8]. En efecto, lo es, imperdonablemente. Salvando las distancias, es nostálgico del mismo espectro, de la misma indeterminación que constituía el suelo de Nietzsche, de Bataille, de Deleuze: la universalidad de lo singular (aquí, ahora), el *desierto* como suma total de nuestras posibilidades. Reparemos en que si Baudrillard, tal como lo entiende la lectura "cultural" (o el desprecio filosófico, que es su envés), se limitara a cantar las excelencias del simulacro, sólo estaría llevando a un extremo periodístico la apuesta entera de la filosofía de corte "deconstructivo". Al fin y al cabo ésta, cuyo auge coincide con la potencia fragmentadora de la informática, apuesta a piñón fijo por la dispersión del referente, por una caída referencial que convierte automáticamente a la filosofía en árbitro de la situación, poseedora exclusiva de la interpretación en un mundo donde la verdad ha desaparecido. En este caso, Baudrillard sólo sería el hermano pequeño de toda la operación filosófica. No es el caso. Es precisamente el autor de *Cool memories* quien acusa a la filosofía de procurar por todos los medios bloquear lo real, su acontecer imprevisible. Terminemos con este capítulo de rencores recordando que

también a Ortega se le ha llamado "periodista": en definitiva, porque entendía que la "ontología" consistía, no en un metalenguaje erudito, sino en poner en crisis lo óntico a través de la crítica de lo histórico. En los dos casos, evidentemente muy distantes, se intenta una *experimentación* con el presente en la que el pensador no se mantiene a salvo. A diferencia de este método, la interpretación filosófica habitual se realiza en una distancia que sobrevuela su objeto desde un lugar seguro, el de la tradición filosófica.

8. Baudrillard compartiría con Zizek el diagnóstico de unas nuevas clases privilegiadas comprometidas en ese *complot* contra lo real, empeñadas en bloquear su acontecimiento inanticipable. Salvo excepciones honrosas, los intelectuales, incluidos los partidarios de la deconstrucción, se mantienen agrupados para bloquear la exterioridad, para que lo real no ocurra. En este sentido, izquierda y derecha son profundamente cómplices. En el fondo, tras la inagotable lista de sucesivos demonios, para ambos bandos *el mal es simplemente lo real*, la existencia que siempre queda fuera. *El crimen perfecto*, sin rastro ya de cadáver, es el asesinato de lo real a manos del reino de la copia, una clonación generalizada que no debería dejar resto. Según Virilio y Baudrillard, el "puritanismo" ideológico de lo digital tiene aquí su asiento. La misma Europa de los pueblos es duplicada en el actual "grado Xerox de la especie" (PT, 227-232), este producto aguado de azul y estrellas que, imitando de hecho el modelo norteamericano, se sobrepone a las comunidades nacionales. Más tarde Baudrillard llegará a unir el no de la "Francia profunda" a la Constitución europea con la revuelta incendiaria de las barriadas donde se hacinan los inmigrantes[9].

9. ¿Qué significa, en otra conexión latente con Pasolini, la simpatía de Baudrillard por las masas, tanto la de los países pobres como la del extrarradio de los ricos? (EF, 90-91). Simpatía no sólo por su resistencia sorda a los valores culturales de la élite, sino también por su soberana indiferencia a la alta cultura ilustrada, por su desaparición paródica en el fondo estadístico de las pantallas. Indiferencia despreciada por la burocracia intelectual como tosca y bárbara (aunque Sloterdijk ha puesto aquí una nota discordante). En efecto, Baudrillard está más allá de lo que se llama ideología, incluso en sus versiones "postestructuralistas". De hecho, acusaba a Foucault de estar demasiado prendido de ella (OF, 19). Nuestro pensador mantiene una "revuelta metafísica", una apuesta *impolítica* no lejana de la "singularidad cualsea" de Agamben, de una comunidad que viene a golpe de acontecimiento[10]. Con una actitud menos "militante" que la de Pasolini o Virilio, Baudrillard insiste en que la crisis del sistema (suponiendo que algo así pueda ocurrir, dado que vivimos en *el sistema de la crisis*) vendrá más por el choque con las culturas exteriores que por el trabajo crítico de una izquierda que de hecho, a nivel mundial, co-gestiona el sistema.

10. No es justo acusar a Baudrillard de no mantener ninguna relación con la crítica o con la política, de sostener un discurso únicamente provocador, cínico. ahora bien, ¿para quién espía entonces, para quién trabaja un pensador como él, traidor al consenso en un mundo sin bloques? Hay una implícita propuesta política en el trabajo de Baudrillard con lo *impolítico*.

Primeramente, una actitud solidaria con la singularidad sin concepto, el ser-afuera del mundo. De ahí, la apuesta por un porvenir que aún carece de palabras, lo cual no es poco en este mundo dominado por una política convertida en mera gestión mediática de la inmediatez (que, por cierto, siempre falla ante el acontecimiento inmediato: sea el 11-S, el Prestige o el Katrina). Finalmente, una simpatía política por el pueblo, por las masas como devenir imprevisto y minoritario de lo social. Por tanto, sí hay crítica. Lo que ocurre es que cuando se explica, como en *El espíritu del terrorismo*, tampoco podemos tomarla en serio fácilmente. De cualquier modo, la radicalidad de Baudrillard parece dejar a los intelectuales, comprometidos con la gestión del actual estado de cosas, un poco mudos.

11. Ante todo, olvidar a Foucault significaba superar el "efecto" Foucault, la corriente de opinión que se organizaba en torno a él (CM, 136-138). Se trataba de rebasar el automatismo y la buena conciencia radical, su ignorancia de lo impolítico. En suma, olvidar la cantinela "izquierdista" de un poder separado de la cotidianidad, no reversible. Aunque desde entonces Baudrillard, arrancando a Foucault de la nueva ortodoxia, siempre ha buscado localizar la intolerancia principal, el "grado cero" de este nuevo poder múltiple, lúdico y consumista, en el que la izquierda (¡incluso la gloriosa "generación del 68!") participa a fondo. De ser así, el método de Baudrillard sería en el fondo bastante foucaultiano. Comenzaría por la pregunta: ¿qué es lo excluido, por la izquierda y por la derecha, para que la Democracia se erija en campo de saber, en *episteme* global? ¿Qué es, en suma, necesario excluir entre nosotros para que Occidente siga manteniendo su hegemonía? La respuesta es parecida a la de Deleuze o Agamben: la singularidad cuyo ser es *venir*, mantener una relación afirmativa con lo necesariamente contingente. Sexualidad, democracia, cultura, pluralismo, información: Marx y Freud vulgarizados como nuevos combustibles en el viejo racismo de Occidente. Baudrillard se ha propuesto *traicionar* todo eso.

12. Se da en él una crítica constante de los Derechos Humanos, vistos como una arma implacable de coacción, de desarraigo, de desterritorialización. En "El continente negro de la infancia" (PT, 119-123) traza un panorama inquietante de la explotación postmoderna que concretamos sobre los menores. Se critica ahí otra modalidad de nuestra intolerancia radical hacia toda existencia que se mantenga fuera de la genérica guardería social, de la religión de la *cobertura*. El niño, la mujer, el viejo son especies en vías de extinción a manos de un reciclaje de la existencia en sujeto de derechos. Frente a esta ofensiva global, Baudrillard, apuesta provocativamente por la superioridad del niño mudo, de la mujer-objeto (EF, 130-138), por la *seducción* que ejerce una existencia que resista todas las ofertas de reconocimiento, de reterritorialización en las identidades reconocidas. En este punto Baudrillard mantiene hasta el final una constante ironía sobre las minorías cristalizadas, convertidas de hecho en armas sutiles de la mayoría moral. Conservadores y socialdemócratas estarían unidos, a la postre, por su voluntad de socializar a ultranza, de liquidar cualquier singularidad (individual, genética, familiar, cultural) que aparezca por fuera del canon occidental, trenzado en la convergencia de mayoría pragmática y minoría cultural.

13. Una muerte a tiempo es la eternidad, la única eternidad posible. Pero se da actualmente un pánico cultural a la ruptura, a la decisión, a cualquier cosa que interrumpa el consenso infinito (CM, 181). Frente a esa posibilidad de la ruptura, apostamos por el consenso interminable, en definitiva, por la *sala de espera* que es lo social (CM, 147). Exiliados en esta seguridad, nos mantenemos en una indecisión total, un enmudecimiento del prójimo cuya otra cara es el "decisionismo" constante de los medios. Digamos que, en la vida y en el pensamiento, Baudrillard defiende (a años luz de Ortega en este punto) la "acción directa" de la singularidad sin concepto. Reivindica, en este sentido, una buena relación con la violencia elemental (PI, 109). Entendámonos: no con el "paso al acto" espectacular, la violencia desatada que es el pan nuestro de cada día, sino con la que late en el reposo de la existencia, en la vida que se detiene, fuera de la velocidad comunicacional. Al falta esta violencia del mero existir, Baudrillard recuerda (PT, 107-111) en que un *odio* larvado se extiende por doquier, cebándose en cualquier ente, nación o individuo, que aparezca por fuera de la gigantesca pantalla del control social.

14. De este odio sólo se salva el otro en cuanto víctima, en cuanto se presenta desarmado y pidiendo reconocimiento. Los llamados "pasillos de la solidaridad" son en realidad pasillos de vampirización, pues a través de la solidaridad esta sociedad carnívora, exiliada en la lógica del "cero muertos", se aprovecha de la energía del exterior. Todo el sistema de la comunicación tiene una función endogámica y está encaminado a exorcizar el mal, a *blanquear* el malestar interno[11]. Esto vale incluso para el simulacro de la guerra, que tiene lugar sobre todo en una televisión que gira sobre sí misma, entreteniendo al bienestar occidental junto con los deportes y los *reality show* (GG, 37-39). En el feroz maniqueísmo occidental, es necesario siempre colocar el mal fuera, exorcizarlo. Éste es el mecanismo de la información, funcionando para la consistencia interna del circuito global. Frente a esta lógica *incestuosa*, Baudrillard se atreve a proponer que pensemos un Bien que solamente consistiera en el asimiento del Mal, no en su exclusión maniquea (POI, 15-16).

15. Hoy cualquier cosa, incluyendo lo más absurdo, se justifica en que, a la postre, *genera empleo* (CM, 188). Pero esto habla justamente de la ocupación, el empleo del tiempo como meta final. Dice a las claras que el único objetivo de nuestro nihilismo global es mantener el circuito cerrado de la circulación. Denunciar este circuito, el de la información, significa diagnosticar el terrorismo como envés de la transparencia global. Ciertamente, un sistema global es en sí mismo fatal, infinitamente frágil: un pequeño *hacker* filipino, poniendo en circulación el virus *I love you*, es capaz de crear el pánico hasta el centro mismo de la Red de redes. Igual que las Torres Gemelas, en su elevación, son infinitamente frágiles a un envite de alta definición que utilice a fondo nuestras armas técnicas y provenga de *abajo*, empuñando la propia muerte en un mundo donde nadie da su vida por nada. Lo verdaderamente terrorista, en la cultura del cero muertos, es que alguien *durmiente* esté dispuesto a dar su vida por una causa. No hay ganancia sin pérdida, diría Freud. Cada avance conlleva su accidente específico, según Virilio. Y Baudrillard está cercano a esta afirmación: un despegue global conlleva un accidente global. Para empezar, el hombre desarrollado tecnológicamente es un marginal en el mundo de los sentidos. Por eso la

inteligencia norteamericana, armada con toda clase de prótesis tecnológicas, no detecta nunca lo que se acerca reptando, con otra lógica.

16. Todo nuestro sistema necesita en realidad la catástrofe, desea la catástrofe, como se vio en las múltiples premoniciones mediáticas del 11-S. Sería útil analizar en qué sentido, a pesar de su aparente falta de crítica, el libro *América* preveía ya la catástrofe de "El espíritu del terrorismo". En cualquier instante, al mínimo pinchazo, está a punto de producirse una depresurización de nuestra cabina artificial. La velocidad de la nave social, nuestro actual Titánic tecnológico, convierte a cualquier exterioridad en un iceberg potencialmente mortal (de ahí la furia con las pequeñas naciones que resisten, con las sectas, con los sujetos que caen del lado del mal). En momentos críticos, la misma lógica de la expansión, que es la baza del capitalismo frente a la finitud, se convierte en una característica fatal, pues propaga hasta el infinito el más mínimo roce de contaminación exterior. Se trata del efecto propagador de la información (a su vez terrorista), que el terrorismo conoce muy bien. Justamente el pánico, la cultura del riesgo, la hipocondría generalizada de esta sociedad (lo último es la "gripe aviar") proviene de que lo gigantesco presente su infinita fragilidad ante lo pequeño, armado con la potencia de una relación afirmativa con la muerte. Así es la seguridad, la medicina preventiva, la arquitectura preventiva: exiliados en el limbo de la cobertura técnica, nos condenamos a lo irreparable de cualquier irrupción simbólica (EF, 36). El confort, la seguridad atraen el accidente como un imán. El terror proviene en realidad del corazón de la obscenidad transparente. Nace de la respuesta fatal del cuerpo físico (cáncer, sida, alergias) y del cuerpo social (crimen, desafección, corrupción) a la coacción de la mediación, de la promiscuidad mundial. El globalitarismo de la pantalla total crea un virus global, un accidente generalizado.

17. Se da también, de una manera emparentada con Deleuze, una simpatía lógica de Baudrillard por la tosquedad de la cultura norteamericana, por su fuerza "geológica" frente a la hipocondría de una cultura europea que siempre nada en torno a los padres. Buscar el grado cero de nuestra cultura (A, 109), la fuerza de la incultura. Junto a esto, un gesto de fascinación por el nihilismo de fondo de nuestras culturas, por nuestro eje de indiferencia, el momento de inercia. Para analizar el presente, es preciso partir otra vez del desierto, de una zona cero o punto indiferente de sentido. En este aspecto, la "*América*" de los años 80 le fascina, pues parece permitir arraigarse otra vez (ilusión que Baudrillard perderá más tarde) en una tierra de pioneros donde la autoridad y la tradición no existen. Pero recordemos en este punto cómo el gesto genuinamente filosófico y europeo toma con frecuencia un sesgo "antifilosófico". No sólo en el martillo de la crítica nietzscheana, en la "destrucción" heideggeriana de la metafísica occidental para volver a la urgencia de una pregunta primera. También en el coraje de lograr una *tabula rasa* para reconstruir el mundo desde un punto simple de sentido en el mismísimo Descartes. Baudrillard, desde la fascinación y el horror que le crea "*América*", parece querer decir: sin queremos sobrevivir, la única tradición posible es la de dejarnos absorber por una hora sin padres, por la vibración de un instante puro, desértico.

18. No habría, pues, que matar a los padres, ni circular en torno a ellos. Más bien se trata de no ser ni un paletó norteamericano ni un cretino europeo, asumiendo que la herencia, la tarea de los padres es la de transmitir el abandono. ¿Viene de aquí la posterior simpatía de Baudrillard por Asia, por Japón y China, por el diablo árabe, por el espectro inhumano de otra cultura? Si el sueño de la mentalidad norteamericana es que lo real no existe (como parecen indicar *El show de Truman* o *Matrix*), es necesario que haya fallos, accidentes, para que la impostura de todo nuestro sistema se desvele. De ahí la simpatía de nuestro pensador por la fuerza política de lo imperfecto, lo irregular. La apoteosis norteamericana del simulacro, la América del holograma infinito, permite, desde el empobrecimiento de esta experiencia, reivindicar una nueva barbarie, una fenomenología al desnudo. Permite ser inmoral para pensar la inmoralidad de nuestro sistema. ¿Como Warhol, convertirse en máquina para pensar la máquina? Así pues, ni el clásico "¡Qué verde era mi valle!", propio de la enfermedad europea de la trascendencia, ni la brutalidad sin más de esa inmanencia romana que crea fascinación en la senil Europa.

19. Los Estados Unidos representaron entonces la fascinación por lo geológico, por el silencio sideral (A, 14). Lo extraterrestre en la tierra: parecería que este mundo está hecho para la publicidad que de él se haría en otro mundo. "Todo es recuperado por la simulación. Los paisajes por la fotografía, las mujeres por el guión sexual, los pensamientos por la escritura, el terrorismo por la moda y los media, los acontecimientos por la televisión.. Podríamos preguntarnos si el mundo sólo existe en función de la publicidad que de él pueda hacerse en otro mundo... la belleza es creada por la cirugía estética de los cuerpos y la belleza urbana por la cirugía de los espacio verdes y la opinión por la cirugía estética de los sondeos... institutos especializados para que los cuerpos aprendan a tocarse" (A, 49). Y la soledad infinita de la gente, su abandono inconcebible a la nada (A, 27, 57): Baudrillard piensa esto mucho antes de las escena medievales del Katrina. La infinita soledad del habitante del holograma ideal. No hay un compromiso político, a la antigua usanza, con la "América de la pobreza" (tampoco con América del Sur, que ni aparece). Y sin embargo ese continente negro se rescata indirectamente en la forma que Baudrillard tiene de retratar a los ricos, podridos en el estupor del confort. Hay una quietud fetal, una violencia autista en ese lujo. Disney y sus ardillas simulan el paraíso, parecen quererte, pero basta una pequeña variación milimétrica para que todo eso desencadene un infierno de odio y violencia (A, 67). Toda América circula como forma magistral de amnesia (A, 19). Pero esta es la forma actual de un puritanismo fúnebre, que incluye el exterminio de las *Gemeinschaft* y su retorno perverso en las sectas (A, 32). Nadie mira (*nothing personal!*). Si no tiene nada que decir, sonría, le sonreirán. Del mismo código de la separación brota esa afán por archivarlo todo, por congelarlo todo, por criogenizarlo todo, amurallando constantemente la inmensa burbuja protectora (A, 63).

20. La crítica que se realiza a la cultura estadounidense en *América desenmascara*, frente a la provinciana fascinación europea por la energía norteamericana, el envés de ese brillo espectacular. Toda "América" (es curioso que Baudrillard denomine así a lo que es sólo es su parte más opulenta) estaría presa por una religión de la circulación, de la que la izquierda instituida allí ni se entera, una fe de la separación, un puritanismo fúnebre que convierte a

California y al Este en un infierno de aburrimiento terminal, en un holocausto sin hornos, a cámara lenta. USA realiza día a día un apocalipsis antropológico creado por la velocidad del movimiento, por la religión espectacular de la circulación. Es como si esa cultura hubiera perdido del todo la fórmula para detenerse. Tal vez es el momento de sugerir que se da aquí una diferencia filosófica y política fundamental, que nada tiene que ver con el conformismo de unos o de otros. Así como Foucault y Deleuze apostaban por el movimiento continuo (el nomadismo, la traición, la máquina de guerra) como forma de huir del poder, Baudrillard ve en el flujo incesante, en la fluidez acelerada, la forma máxima del poder (OF, 33). En este sentido, Baudrillard se acercaría más a la concepción política de la velocidad como arma del capitalismo que sostiene Virilio, que a la de Foucault y Deleuze[12]. Nadie puede parar a un *jogger* que corre: si le preguntas algo, sigue saltando en el mismo sitio.

21. Todo el mundo corre enfundado en su caparazón tecnológico, en sus prótesis. El *lifting*, la cirugía estética es ahí la única ideología: el narcótico del bienestar, ese odio correcto que triunfa incluso en variantes verdes (OS, 85). La ignorancia del próximo de carne y hueso es total. Así es la ciudad ideal... y la excentricidad neoyorquina, tan cara a Europa, sólo es el envés de ese autismo convertido en cultura, una cultura armada hasta los dientes por su profundo desarme ante el silencio de una existencia ignorada (Michael Moore, en *Bowling for Columbine*, mantenía una tesis similar). Y hay que destacar que Baudrillard ya sabía de cómo una "América" *wasp* puede ignorar a la otra, la depauperada en todas las barriadas del color. Toda esta mirada melancólica que Baudrillard pasea de costa a costa sostiene la simpatía por el silencio del desierto (hay algo parecido en el artista Bill Viola), por el sur y la mugre, esas masas infectas que quedan fuera, incluyendo el *broker* que toma impúdicamente su comida en las calles de las grandes urbes. Se dibuja infierno del bienestar. No sólo para los otros, la masa de "espaldas mojadas" excluidos, sino también para el ser humano que agoniza sedado por el confort[13].

22. 22. La conexión con Virilio, finalmente, que ha pasado por altibajos, proviene tal vez de una complicidad paleocristiana con lo pequeño, lo extático, lo que está al borde de la extinción. Ambos autores compartirían una estética y una ética de la desaparición, como si creyeran sólo en una "eternidad" que coexiste con el instante más ínfimo de duración[14]. Podríamos decir que en Baudrillard palpita como un existencialismo pasado por el filtro de la debilidad postmoderna, de su pasión microfísica por las esquinas, por las superficies. Detrás de los ademanes cínicos se esconde la indignación de un moralista escandalizado por la dificultad de vivir en medio de la eliminación contemporánea de cualquier signo de vida desconocido, no codificado. Esto es especialmente visible en *Cool memories* o *América*, pero recorre tal vez los libros considerados más "frívolos", como *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*. Diríamos que, junto a esa ironía feroz, junto a esa crueldad fría del análisis, Baudrillard esconde una profunda humanidad en el amor por la existencia que está en el punto de mira de la alianza global de progresismo y conservadurismo. Tal vez es ésta otra de las razones del odio hacia él de la filosofía. ¿Un moralista, entonces, a la antigua usanza? Tal vez Baudrillard podría decir, como Pasolini: soy escandaloso porque soy conservador. En ningún caso un "provocador" de profesión. No busca el

escándalo por el escándalo. Lo más grave es que dice lo que piensa y lo dice con la intención de convencernos.

Bibliografía:

- *Olvidar a Foucault* (OF). Pre-Textos, Valencia, 1986 (2^a ed.).
- *América* (A). Anagrama, Barcelona, 1987.
- *La guerra del Golfo no ha tenido lugar* (GG). Anagrama, Barcelona, 1991.
- *Las estrategias fatales* (EF). Anagrama, Barcelona, 1994 (4^a ed.).
- *La ilusión del fin*. Anagrama, Barcelona, 1995 (2^a ed.).
- *El crimen perfecto*. Anagrama, Barcelona, 1996.
- *La ilusión y la desilusión estéticas* (IDE). Monte Ávila, Caracas, 1996.
- *Cool memories* (CM). Anagrama, Barcelona, 1997 (2^a ed.).
- "La comedia del arte" (CA): revista *Lápiz*, febrero de 1997, nº 128-129.
- *El paroxista indiferente* (PI). Anagrama, Barcelona, 1998.
- *Pantalla total* (PT). Anagrama, Barcelona, 2000.
- *Los objetos singulares* (OS). FCE, Buenos Aires, 2001.
- *Power Inferno* (POI). Arena, Madrid, 2003.

1. Cfr. Slavoj Zizek, *¿Quién dijo totalitarismo?*, Pre-Textos, Valencia, 2002, p. 274-275.

2. Gilles Deleuze y Félix Guattari, *¿Qué es la filosofía?*, Anagrama, Barcelona, 1993, p. 114.

3. *El País*, 24 de noviembre de 2005.

4. Gilles Deleuze, *Francis Bacon. Lógica de la sensación*, Arena, Madrid, 2002, p. 136.

5. José Luis Pardo y Fernando Savater, *Palabras cruzadas*, Pre-Textos, Valencia, 2003, pp. 61-68.

6. Al menos, Derrida se ocupa de él, pero para tomar distancias en el momento clave. Cfr. Jacques Derrida, *Resistencias del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1997, pp. 81 ss.

7. Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*, Paidós, 2002, Barcelona, p. 383.

8. Félix Duque, *Filosofía para el fin de los tiempos*, Tecnos, Madrid, 2001, p. 199.

9. *El País*, 24 de noviembre de 2005.

10. Giorgio Agamben, *La comunidad que viene*, Pre-Textos, Valencia, 1996, pp. 19 ss.

11. "La tarea fundamental del Estado actualmente es justificar su propia existencia. Para ello debe aniquilar la capacidad de la sociedad de sobrevivir por sí misma. Minar suavemente todas las regulaciones espontáneas, desregulando, desocializando, rompiendo los mecanismos tradicionales de cuerpos y anticuerpos, para sustituirlos por mecanismos artificiales: tal es la estrategia del Estado en su lucha sutil con la sociedad; exactamente como la medicina, que vive de la destrucción de las defensas naturales en favor de su sustitución artificial". Jean Baudrillard, *Cool memories*, Anagrama, Barcelona, 1997 (2^a ed.), p. 162.

12. Hay de hecho una polémica en *Mil mesetas*, en la nota 58 del cap. 12, entre Deleuze-Guattari y Virilio acerca del sentido político de la velocidad. Cfr. Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Pre-Textos, Valencia, 1988, p. 427.

13. Hay unas inolvidables páginas en la novela 13'99 euros que recuerdan mucho a esta visión apocalíptica de Baudrillard sobre el confort wasp, emparentada a una suerte de "solución final" a la americana. Frédéric Beigbeder, *13'99 euros*, Anagrama, Barcelona, 2004 (3^a ed.), pp. 160-165.

14. El poeta se sirve de estas crisis y commociones como condición creativa, como condición de coherencia última. La crisis puede tomar ciertamente la forma terrible de un derrumbamiento mudo. No obstante, las más de las veces apenas es perceptible: consiste en la "zona ártica" que se atraviesa entre dos palabras, mientras los demás hablan de cualquier cosa. Son estados de ensimismamiento, de ausencia o epilepsia imperceptible, un registro clandestino del pensamiento, un registro nómada. Se trata de estados de reposo, casi catatónicos, donde el hombre ve de otro modo, vive de otro modo. Gilles Deleuze, *Conversaciones*, Pre-Textos, Valencia, 1995, p. 252